

Palabras del Excelentísimo Sr. D. Gonzalo Anes y Álvarez de Castrillón

Fernando María Castiella fue un hombre de ciencia y un político que sobresalió por su buen carácter, ingenio y simpatía, por su disciplina, saberes y generosidad. Tuvo un gran sentido de la historia y del papel que España desempeñó siempre en el mundo. Lo muestran sus obras, y, muy especialmente el Discurso España en las Naciones Unidas. El Discurso de despedida, cuando dejó de ser ministro de Asuntos Exteriores, es una pieza bellísima, en la que puede verse la excelencia de la persona, en todas sus cualidades. Marcelino Oreja trabajó durante once años con Fernando M^a Castiella. Habla siempre de él con profunda admiración, por considerar que le enseñó lo más importante de su profesión. Como muestra de adhesión y de cariño, en su despacho —cuando fue ministro Marcelino Oreja, y hoy, y siempre—hay una gran fotografía de don Fernando M^a Castiella. Tenía Marcelino Oreja 23 años cuando entró en el Ministerio para trabajar al lado y a las órdenes de Castiella. Fue jefe de su Gabinete. Hoy Marcelino Oreja ocupa el número uno en el escalafón diplomático.

En el Ministerio, formaba el llamado “los tres de Castiella”, con Antonio Oyarzábal (después embajador de España en Washington, y número dos en el escalafón del cuerpo diplomático) y con José Joaquín Puig de la Bellacasa (después embajador en el Vaticano, en Londres y en Lisboa).

Fernando María Castiella formó un valiosísimo archivo, mientras fue ministro de Asuntos Exteriores. El fondo documental está constituido por las famosas carpetillas, tan conocidas por quienes pertenecieron al equipo que él organizó. Las carpetillas consisten en el extracto de cuantas noticias pudieran tener interés en las relaciones internacionales; en el extracto de libros y publicaciones concernientes a la diplomacia y a las relaciones entre países, y en valiosísimos informes personales.

Estas carpetillas eran enviadas al Palacio del Pardo, en remesas matinal y vespertina, para que las viera el general Franco, con el fin de que estuviese informado de lo esencial de lo que acontecía en el mundo. Todas las carpetillas llevan un título que Castiella quiso siempre que fuera periodístico para llamar enseguida la atención del lector (que no era otro que el Jefe del Estado).

Castiella fue hombre de profunda religiosidad. Siempre oía misa y rezaba el rosario cada día en donde fuese: en Arabia Saudita y en cualquier parte del mundo en que estuviese. Su religiosidad era sincera, y la práctica siempre quiso que fuera anónima, en iglesias distintas, en las que nadie le reconociera. Fue hombre bondadoso, de espíritu joven y con gran sentido de la dignidad. Prefería siempre hablar con los más jóvenes que con quienes eran de su edad, o de generaciones anteriores. Todas sus actuaciones se caracterizaron por la exactitud. Dictaba sus discursos, en el Ministerio, mientras paseaba, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, (los pulgares fuera). Desgranaba sus ideas y tomaban nota sus colaboradores. La versión final corría a cargo del inteligente, bondadoso y eficaz colaborador Alfonso de la Serna. La versión definitiva era cosa suya, del propio Castiella.

Fernando María Castiella fue un gran gastrónomo. Elegía siempre los vinos (por ser muy buen conocedor de las calidades) y cuidaba personalmente de la perfección de los banquetes oficiales que se veía precisado a organizar. Por su interés, por su cultura, por su concepción del mundo, por su curiosidad intelectual era como los hombres del Renacimiento, a la vez que muy de su siglo. Como embajador ante la Santa Sede, vivió el boato de la Corte romana, antes de la reforma de tiempos de Juan XXIII, y entendió muy bien los entresijos de la política vaticana.

Ha sido una gran suerte, para la Real Academia de la Historia, tener el archivo de Castiella: de ese hombre inteligente, tenaz, trabajador, organizado y gran patriota. Sol Quijano, que fue, con él, gran embajadora de España, elegante, inteligente (y bellísima) supo amplificar todas las cualidades de su marido, en las embajadas y en el Ministerio de Asuntos exteriores. Por consejo de Ana María de Sagrera, historiadora sensible y perspicaz, Sol Quijano cedió el Archivo a la Academia. Allí lo tenemos, como un tesoro, a disposición de los investigadores. La información que contiene ha permitido escribir el libro que hoy se presenta y que refleja, con notabilísima exactitud, cómo era Fernando M^a Castiella y lo que significó en la época en la que le tocó vivir. Época que no fue fácil para un hombre inteligente y de espíritu libre, exacto y conciso en sus análisis de la realidad política de su tiempo y que tan bien ha sabido recoger Rafael Sánchez Montero, al captar lo esencial de la personalidad del gran embajador y ministro, y de su trabajo y eficacia en los distintos destinos que tuvo, siempre con el designio de hacer lo mejor para su Patria y de la forma más noble y eficaz con que se puede prestar ese servicio.